

Rocío Silva-Santisteban

DANZAR SIN EQUILIBRIO

a Luis Enrique

*Esta ciudad está hecha a la medida del amor.
Tú estabas hecho a la medida de mi propio cuerpo.*
Marguerite Duras

Las murallas altas de esta cárcel que enrosca nuestros cuerpos. Las paredes encaladas, engomadas, todo nuestro furor sobre estas paredes ardiendo.

Esperaba ésto. Esperaba tu mano blandiendo en la oscuridad los cuatro deseos. Los cuatro temores. Esperaba la caricia precisa, al final. Las pestañas en el ángulo adecuado, el calor del vaho, el sabor de tu lengua amarilla, violácea. Mi nombre como una humedad que te persigue. Mi nombre siempre te perseguirá, cada amanecer, cada espera frente a una pared blanca, quizás.

Las huellas del amor sobre el piso, sobre el piso de astillas, los zapatos, la falda, la pequeña libreta de notas, en azul, todo ésto en azul y tonos borrosos y sutiles de rosa. Azul, blanco, rosa; siento que después de aquéllo tus colores permanecerán sobre mis uñas, sobre las marcas intolerables que dejaste en mi cuerpo.

Afuera todo puede parecer oscuro, las sombras no son ya más sombras sino piezas de luz engañadas por nuestro deseo. Nuestro deseo.

A las seis de la tarde el baño termina de aniquilarme. He tratado de limpiarme, amor. He tratado de huir a través de innumerables sueños repetidos. Pero el agua me hace recordarte: tu piel de miel, tu piel de algodón de paca, tu piel de libros tras libros tras libros y una búsqueda desesperada de ardor y deseo.

Y he recordado. La línea vertical de tu dedo sobre mi espalda. El olor de la cerveza, la visión de la espuma subiendo eternamente. He recordado. Tu voz cabalgando cansada, sin tropezar jamás. Tu voz. Estoy inventando. Todo ésto es cierto, pero yo lo invento. Los ruidos elementales, el perro que nos persigue, las yeguas, tantos animales apareándose a nuestro alrededor. Tanto ruido triste dándonos vuelta.

Aléjate, me dicen. Déjalo. Yo regreso, siempre, busco la huella de tu cuerpo sobre estas paredes y ya no son las paredes que alguna vez amamos.

Te encuentro. Dentro de cada estaca.

Niños juegan a mi alrededor, niños sucios. Dentro de ellos veo tus ojos de hierbas, tus ojos eucaliptos, tus mis ojos, negros, clavados en mi dolor como una gran y extensa pradera. Es cierto, no te conozco. Esa suavidad al morder mi cuerpo después del amor, la recuerdo apenas. Pero hoy, tú en otro espacio, no sé. He sentido el miedo de tus manos. Tú en la oscuridad buscando una razón para tu miedo. Pero todo es mentira. No hay razones, no hay excusas. Ven, ven.

Danzar. Mover el cuerpo, las caderas, la falda vuela. Danzar, tu forma misma danzando, el deseo en mí. Arrojar al demonio a través de los olores, del sudor. Enrosca tu lengua, mi memoria te fija así. No recuerdo tu boca, amor. Sólo el calor, ¿para qué más? Sólo la respuesta que no sé. La llama, la hoja, el fuego anaranjado, amarillo, el fuego rojo. El alcohol subiendo y bajando. Tus brazos no los recuerdo, amor. Sólo la humedad, no, los restos de esta tuya mi humedad.

El viento. El viento golpea los cristales, tengo miedo. El silencio después, la calma.

La lujuria viene. Soy obscena, amor. Necesito ser voluptuosa y sentirme. Necesito palpar con cuidado mi lujuria y morder tu sexo hasta saciarme. Amor, quiero jugar contigo, embarrarme de tu cuerpo hasta la vergüenza, hasta que el día de la vergüenza llegue y nos aplaque. Como un relente, veo tu cuerpo sobre el mío, de espaldas. Tu boca respirando, tus uñas desesperadas, clavadas, hinchadas. Esta llaga quemada siempre en espera. Jalar, jalar y jalar las sábanas. Tus manos tantean. La flor que pasas con cuidado por mi sexo me eriza, tu deseo me eriza aún hoy cuando estás más lejano que tu ausencia.

El pasto quemado allí donde nos amamos. Cerré los ojos para grabar al río en mi memoria. Una tarde apagada fue, cerré los ojos largo rato. Imaginé no estar allí. Intenté cerrar los ojos y no pude precisar tu figura. Estoy inventando, amor, ¿qué sé yo de tus pisadas?, ¿qué sé de la forma redonda de tus nalgas?, ¿qué sé yo?, ¿tu nariz la puedo dibujar?, ¿tu armonía? Sólo puedo inventar, entonces invento.

Bebíamos vino después del amor. No recuerdo el sabor de ese vino, ni el sonido en tu garganta apurándolo. Con tus largos dedos mojabas mi cuerpo de vino blanco, lamías mi cuerpo de vino blanco, bebías mi cuerpo blanco. Amabas mi manera de voltear la esquina, mi manera de pegar estampillas, amabas esta mirada herida, mi forma de poner los ojos dulces.

Estoy aturdida. Veo mi cuerpo y brilla. La estela de calor me agobiaba y ahora brilla. Temo perder mis ordinarias formas de vergüenza. No te buscaré. No dejaré más notas bajo la alfombra. Je connais ta follie, je connais ta pudeur. Sé lo que pides de mí. Todo esto es eterno, mi amor, desde que está aquí es eterno. Tu cuerpo nunca morirá.

Quítame este deseo que me está marcando, que me hará perder el equilibrio.

I

Manchas verdes sobre mi culpa que viene y va.
Muerde inagotable la envidia de los otros deseos, cansado de
levantar sus ojos sobre la hondura de la brisa.
Manchas oscuras tornándose aquamarinas, un espejo, detrás la
espuma, la cebada.
Lo sé, ya lo he dicho.
El ruido de cuchillos en el aire tratando de asustarnos, de asustario.
Confía en mi fidelidad, sé de su flojera, ¿reirá
sobre la esponja de dolores que dejaré caer frente a sus pies?

II

Cuerpo blanco y cansado en la penumbra, ojos de avispa.
Ociosidad.
Faro alumbrando al gran público, ¿yo?, perdida en las multitudes.
Su sexo se erecta en estas circunstancias, ríe, corta mi ligereza.
Todos golpean mi cuerpo mientras cantan sus himnos, catarsis
tras la mano sudada y nerviosa del líder. Usted.
Tiempo ha me auguraba esta misma escena. No mentía.
Goza al repasar con mirada de escopeta la masa enardecida, aquí
estamos.
Aquella vez yo me limité a bajar la vista frente a sus predicciones
arrecha, llenaba de lujuria sus noches. Nostalgia y castidad.
Veo sus brazos de cilindro sobre su cabeza en la pose final. Victoria.
Soy aún vulnerable ante su furiosa ingenuidad, pero
aquí estamos: yo, perdida en el tumulto,
Ud. sobre la torre que divide nuestros flancos.
¿Podremos admitir nuestra derrota?

III

Desde la escalinata el líder envuelve a la masa con un gesto de
bacteria,
amarillísimo, inclina la cabeza y revisa con las uñas su barba de
cangrejo.

Ante la visión del universo metido en esta plaza, aquél
que antes escogía las páginas dobladas de los libros, hoy
enardece en fuegos de retumbos y destiempo.

Mi amor, descanse. Incline su memoria hacia el eco del tambor.
¿Recuerda? Yo tocaba a escondidas mi tambor de piel humana
sólo para Ud., sólo para que Ud. —inanimado y oliendo a arcilla—
se retuerza.

Mi amor, descanse sobre mí, nada turbará su placidez, animal
ocioso.

No tenga el más insignificante temor
yo, por sobre todo, lo redimo.

IV

Una esquina del Centro, voltear y chocar con una mañana de
niebla y puntos dorados.

Mi distracción se congeló precisa en el gesto del líder. Un puño
cerrado.

Contando los pasos y los cielos, avancé hacia su imagen de voces y
rombos diminutos.

Kodalid en sepia y un tono bajo de gris perlado.

Enormes ojos verdes reducidos a manchas deformes, la virilidad
encarnada en un ademán de prócer.

Nosotros no creíamos en libros de historia, nada
de mártires ni héroes despeñándose por una mísera bandera.

Lo veo a Ud., mi amor, ampliado a grandes proporciones, lejos
lejos de mi torpe alcance.

V

Aquí parada cada tarde a la hora del sepulcro
marco un aspa más en las laderas, la paciencia.
Acabo. Cada minuto en el sudario.
Tres balcones, a pocos pies de altura, torneados y serranos me
previenen
de lo nunca ¿o de lo siempre?
Es verdad, Ud. me traspasaba con una sola mirada al descuido
ahora, sus ojos cuentan los aplausos, cuentan
las horas que a rastras se suceden.
Recueste su cansancio sobre mis piernas, amor,
deslice su intuición
y no se asuste.

En esa foto mantengo la radiante belleza de una mujer después
del amor.
Tu cuerpo, lascivo, se detenía sin pruebas mayores de existencia.
Hoy las veo, las repaso y resguardo en mi memoria como puntos
de luz.
Esa tarde tenía la torpe manía de quien vibra después del amor.
Tu cuerpo, imperfecto, alto, grande, recogía con manos cuidadosas
los instantes de la levedad,
hoy veo a través de los pinceles una dulce mancha de incienso
rito amanerado de nuestros destinos incapaces de retraerse.
Ese instante tenía yo la dulzura triste de quien muere después del
amor,
tu cuerpo, bien dispuesto, recogía en delicados movimientos mi
laxitud nerviosa
hoy, rasgas con cuidado tu melena e inventas una mujer que no
soy.
Aquella vez tenía la esplendorosa felicidad de la quietud, después
del amor.

Largas interrogantes sobre vapores que vienen y van,
largas interrogantes.
Lánguidas muchachas intentando aromar tu cuerpo odioso,
lánguidas muchachas.
A la hora del amor muerdes entre cascabeles las manos etéreas de
la placidez,
a la hora del amor.
Entre llanto de nieve y luz, fuego que se extingue, regresarás
entre llanto.
Adorando la piel intensa debajo de esa apariencia brutal, digieres
lento
adorando la piel.
No necesitas maquillaje, tu presencia de sangre en vapor devuelve
tu alma, dolor
no necesitas.
Desviar la mirada, sin ser elegante, jugar a la desnudez esencial,
voltear y
desviar.
Para los dos el terreno se desvirtúa, pantano tornándose concreto
azul
para los dos.
Delicioso es agacharse, de cúbito dorsal, generar chillidos que te
mantengan
delicioso.
Calma, sólo delante de quien muere sin pronunciar amargura
caeremos, sobre todo
calma.

Abrazas en la lejanía de la noche un silencio inmemorial tornándose hombre. Es tu cuerpo. Armadura de asfalto para el combate, realizas tu rito de guerra y lanzas sobre la espalda de los demás hombres tu arma de batalla. Mientras tanto pronuncias mi nombre. Desde acá veo en la negrura de la lejanía una chispa azul indicadora. Símbolo de cielo y mar y lejanas pisadas demoníacas, vienes a través del silencio, en la distancia nubosa de estaciones solares, vienes aullando con claras intenciones de llorar, al acercarte un vidrio apagado se infla y separa nuestros cuerpos.

Volverás. Al final de la gran marcha volverás. Como un gigante después de ser vencido calzarás la amargura de saberte permanente y volverás jalando con tus dedos de alfalfa todo el temor de no encontrarme. Me hallarás.

Al borde de algún camino, detrás de una cerca hecha a leño ardiente, me hallarás agazapada evadiendo los guiños amables, con la única y sólida intención de volver a llorar sobre tus ojos verdes.

Volverás con los ojos como satélites cósmicos, como una naranja en medio de un campo de trigo, envolvente, delgado hasta las pústulas de tus rodillas, volverás. Quizás con un enojo debajo de un anca, sin sentido.

Desde este momento esperas reinar sobre la luz, encendido tres veces al alba. Reinarás, lo sé. Reinarás en una casa redonda con una mujer agazapada que desde hoy te adora y te complace. La casa tendrá el aire de los parques sanjuaninos y la humedad de una urbe manida e iconoclasta. Entonces beberás en tres sorbos cada tarde y no habrá más paraíso que buscar porque ya pisas sus pequeñas piedrecillas.

Solo, en el vasto encierro que nos deja un amor no realizado, solo, agujereas al tiempo y le inyectas suaves ondas del recuerdo de la ausente. Acá me pudro. Mi ausencia no es más que un castigo, desmesurado, es quizás una torre inclinada hacia el peso de lo irrealizable, quizás.

**El fuego se levanta en vuelo y me tortura, ahora.
Pero luego, cuando me recojas de este exilio y renueves el juramen-
to de la victoria, luego, cuando me secuestres e inventes ese final
que tanto ansío, allí, los inmortales nos verán con lascivos ojos de
envidia y nuestros cuerpos copulando sobre el mar, supuesto de la
eternidad, dejarán una antorcha de placer a la deriva. Habremos
resuelto entonces la carrera loca del hallazgo.**